

LA ESTRATEGIA HOY. RELEYENDO A JOSÉ MARÍA COHEN

Manuel C. Giavedoni Pita

Manuel Carlos Giavedoni Pita es Ingeniero y Magíster en Defensa Nacional. Miembro de la Academia de Estrategia, ocupa el sitial "José María Cohen". Ha obtenido los premios del Boletín del Centro Naval, Almirante Brown, del año 2002, y Comandante Piedrabuena, del año 2004.

Ha pasado más de una década desde la prematura desaparición de uno de los más destacados pensadores estratégicos que diera nuestro país y la Armada nacional, el Capitán de Navío José María Cohen. Al momento de su deceso, la cercanía temporal del final de la Guerra Fría alentaba más especulaciones que certezas respecto de las características principales del ambiente estratégico mundial que presentaría la primera década del siglo XXI.

Un repaso de sus trabajos, además de resultar un atractivo ejercicio intelectual, puede configurar una guía valiosa para quienes de uno u otro modo cargan con una cuota de responsabilidad en el diseño del futuro deseable para nuestro país.

Sumergidos en esa tarea, nos ha parecido oportuno rescatar algunos conceptos de su elaboración para contrastarlos con la realidad actual, y también para traer nuevamente al presente lo que hace años denomináramos sus "anticipaciones", visiones del futuro elaboradas por él, quien combinaba un alto nivel de conocimientos, brillo intelectual y complementaba a ambos con una poderosa imaginación.

Es particularmente interesante este concepto referido a la imaginación. Ha sido habitual hallar esta capacidad, la de imaginar con potencia, en todos aquellos hombres y mujeres que lograron dejar su impronta personal en la historia de los procesos humanos. La sutil y potente imaginación de Cohen le permitió en su momento entrever algunos de los que serían escenarios del futuro, del futuro que se ha convertido en nuestra realidad de hoy.

De algunas de esas ideas, conceptos y escenarios, elaborados durante las décadas de los '70 y '80, creemos pueden extraerse valiosas previsiones para intentar manejar la aparentemente inasible realidad que nos toca vivir en estos días.

Los alcances de la estrategia, según Cohen

Cohen pensaba que la estrategia era una disciplina de naturaleza ideal o simbólica, que ponía más el acento en las fuerzas morales que movían a las voluntades en conflicto que en los hechos físicos que materializaban esas voluntades.





José María Cohen

Nació el 5 de agosto de 1927 en la Capital Federal, ingresó a la Armada el 19 de enero de 1945, egresó como guardiamarina el 23 de noviembre de 1949 (promoción 76) y ascendió a capitán de navío el 31 de diciembre de 1972.

Falleció el 11 de mayo de 1992.

Fue Comandante del rastreador ARA *Robinson* y del destructor ARA *Espora*.

En 1975 fue Jefe de Estado Mayor de la Flota de Mar y en 1976 fue designado Comandante del crucero ARA *Gene-*

ral Belgrano, cargo que no asumió por haber pedido su retiro voluntario.

En 1968 y 1969 fue destinado a Francia donde se graduó en la Escuela Superior de Guerra Naval y en el Curso Superior Interfuerzas.

Integró la cátedra de Estrategia en la Escuela de Guerra Naval y en la Escuela de Defensa Nacional.

Fue miembro del Consejo Superior del Centro de Estudios Estratégicos de la Armada.

Calificándola como “el arte de la decisión interdependiente”, creía que obtener un resultado estratégico satisfactorio no dependía tanto de las metodologías aplicadas –a las que sin embargo consideraba muy importantes– sino más bien de los contenidos que el que hacía estrategia ponía en esas metodologías. En ese contexto, confiaba en que la experiencia, la reflexión, el estudio de casos históricos y el análisis de las teorías sobre el conflicto, entre otros importantes elementos, configuraban el patrimonio fundamental de quien intentara realizar estrategia con éxito.

Afirmaba Cohen que la estrategia era un arte, al igual que la pintura, y que, como ella, la única forma de aprenderla era practicándola. Aceptaba que una ayuda para encontrar las soluciones podía surgir del cúmulo de experiencias y conocimientos que el estratega poseía, y mediante el “contenido histórico”, esto es las teorías y las doctrinas más o menos válidas (para los casos en que resultaron válidas) para intentar encontrar analogías con la situación a enfrentar ⁽¹⁾. A partir de esa idea, diferenciaba a la estrategia del planeamiento en que la primera era “un arte para manejar conflictos”, mientras que el segundo era “una técnica para resolver problemas”.

Es interesante, a esta altura, repasar la idea de Cohen acerca de la clase de conflictos que para él eran el “objeto” de la estrategia.

Esto resulta necesario y oportuno pues la sofisticación que han alcanzado en nuestros días las modernas técnicas de gerenciamiento empresarial, con énfasis en la competitividad, han conducido a que el término estrategia se haya incorporado al vocabulario cotidiano de la gente, abandonando su tradicional refugio en las academias y gabinetes de análisis. Así, los gurúes del *management* continuamente escriben nuevas obras sobre “estrategias” productivas y comerciales; se habla de “capturar” mercados; de “posicionar” productos; de determinar el *target* de determinadas acciones, etc., recurriendo así al lenguaje típico de la estrategia y, en particular, de la estrategia militar.

No era, desde luego, a este sector tan importante de las actividades de la sociedad humana actual a las que se orientaron los esfuerzos intelectuales de nuestro estratega. Él se abocó al estudio de la estrategia en su acepción tradicional; esto es, aquella relacionada con el poder del Estado. Para mayor precisión, la relacionada con la orientación y la conducción del poder del Estado, de miras a la resolución de los conflictos. Hablaba Cohen en sus trabajos de *la naturaleza del poder como herramienta para ejercitar la voluntad política de una Nación y de la estrategia como técnica de empleo de ese poder* ⁽²⁾.

Cohen dedicó su esfuerzo intelectual al conflicto entre actores estratégicos, Estados o actores no-estatales de magnitud. Actores que intentaban impulsar sus intereses venciendo voluntades opuestas, sosteniendo para esto apuestas en las que se arriesgaban valores

(1)
José María Cohen, *Estrategia, Planeamiento y Táctica*, (Comunicación Académica en la Academia de Estrategia), Buenos Aires, 2 de mayo de 1988, pág. 8.

(2)
José María Cohen, “Necesidad del Poder Naval. Estrategia naval y medios”, en *Revista de la Escuela de Guerra Naval*, No.10, Buenos Aires, febrero de 1979, pág. 122.

como la vida y la libertad de miles de seres humanos, las expectativas de bienestar material de poblaciones enteras y, en el extremo, la posibilidad del fin de la humanidad tal como la hemos conocido de resultas de un intercambio nuclear global.

En esa línea, afirmaba que cuando la política, a la que calificaba como la “ciencia de los fines”, enfrentaba conflictos internacionales derivados de la confrontación de objetivos políticos entre actores, ella recurría a la estrategia, a la que definía como la “ciencia de los medios”, pues ésta era la disciplina específica acerca de las formas del uso de la fuerza para la superación de situaciones de tal género.

José M. Cohen no poseía una visión restringida de la estrategia, del tipo al que generalmente se identifica como “prusiano”, propio de un Clausewitz interpretado a la ligera. Lo refleja con meridiana claridad en un trabajo publicado en 1979, en el que expresa:

¿Qué queremos decir cuando hablamos de fuerza? Hablamos de fuerza en el sentido de coacción, de coerción.

¿A qué clase de fuerza nos referimos? A cualquiera, a la fuerza que se pueda aplicar en el terreno político, en el económico y en el militar.

Y, ¿a qué grado de fuerza aludimos? También a cualquiera, desde la simple presión amigable, hasta la guerra abierta y de mayor violencia (3).

Expresando ideas muy cercanas a las del admirado Beaufre (4), Cohen enseñaba que la estrategia trata acerca del uso de la fuerza en todas sus formas y gradaciones, extendida a todos los campos posibles de la acción del Estado, durante la paz y la guerra y, muy especialmente remarcaba, usada en forma prácticamente continua y permanente (5).

En sus expresiones pueden detectarse otras influencias del moderno pensamiento estratégico francés. Nos referimos a las ideas de Raymond Aron y Jean Guittou, entre otros, y no podemos entonces obviar que, además de haber cursado estudios de Estado Mayor en Francia, fue el Capitán Cohen quien realizó la traducción del francés para la edición argentina de *El Pensamiento y la Guerra*. En esa obra expresa Guittou: *La historia reciente nos enseña que toda condenación de la guerra, aun siendo sincera, resulta ineficaz. Porque aunque la guerra sea puesta fuera del derecho público, nunca dejará de estar, de hecho, entre los intereses de tal o cual nación* (6).

Nuestra estrategia, sin embargo, nunca sustentó posiciones belicistas. Podemos citar interesantes comentarios a este respecto incluidos en uno de sus múltiples trabajos de estrategia. Así escribía en 1972: *Sin lugar a dudas podemos afirmar que hoy está más vigente que nunca el principio de que una guerra no conviene a nadie, ya que todo indica que el único futuro deseable para América Latina requiere optar necesariamente por un leal y generoso entendimiento de todos* (7).

Reforzando esta afirmación, más adelante en el mismo trabajo comentaba: *La política tradicional de nuestro país ha sido, es y seguirá siendo pacífica, porque existe el firme convencimiento de que en cualquier conflicto que pueda plantearse hay que agotar las posibilidades de todos los otros recursos del Poder de la Nación antes de apelar al Poder Militar* (8). No era, sin embargo, timorato, respecto del empleo del poder nacional. Acerca de la esencia de la negociación expresaba:

Ciertamente la vía de la negociación es la más inteligente para zanjar cualquier conflicto, pero es de hacer notar que entre nosotros parece haber una tendencia a considerar la negociación como el proceso de “ceder algo para obtener algo”, olvidando que negociar es también “amenazar con algo para obtener algo”. Estas presiones o amenazas no tienen por qué desembocar necesariamente en un conflicto armado, pero habrá que admitir que, en el límite, su credibilidad y eficacia serán nulas si la posibilidad de verlas respaldadas por la fuerza fuese descartable “a priori” por la falta material de medios adecuados. O por

(3) José María Cohen, “Necesidad del Poder Naval. Estrategia naval y medios”. En Revista de la Escuela de Guerra Naval, No.10, Buenos Aires, febrero de 1979, pág. 123.

(4) André Beaufre, (1902-1975), General de Ejército francés. Combatió en Marruecos en los años '20, en la Segunda Guerra Mundial, fue comandante de las fuerzas francesas en la operación en Suez en 1956, combatió en Argelia, fue Jefe de Estado Mayor del SHAPE de la OTAN en 1958, y representante francés en el grupo permanente de la OTAN en Washington en 1960. Figura paradigmática del pensamiento estratégico moderno, impulsor del término “Guerra Total”, escribió varias obras trascendentes sobre estrategia, de gran influencia.

(5) José María Cohen, “Necesidad del Poder Naval. Estrategia naval y medios”. En Revista de la Escuela de Guerra Naval, No.10, Buenos Aires, febrero de 1979, pág. 123.

(6) Jean Guittou, *El Pensamiento y la Guerra*, Instituto de Publicaciones Navales, Buenos Aires, 1972, pág. 124.

(7) José María Cohen, “Tres temas de Estrategia Naval”, en Boletín del Centro Naval, N° 692, Buenos Aires, julio/septiembre de 1972, pág. 297.

(8) *ibidem*, pág. 298.

(9)
ibídem.

ausencia manifiesta, declarada y crónica, de voluntad política de usarla. En síntesis: una Nación no puede negociar sin poder, y el poder sin la fuerza no tiene credibilidad (9).

Estas realistas previsiones, que deberían ser de consideración fundamental para quien asuma responsabilidades políticas de Estado, nos han llevado reiteradamente a preguntarnos si ellas serán de conocimiento de los responsables de nuestro Servicio Exterior, pues en su esencia podrían descubrirse, por ejemplo, algunas de las causas profundas del estancamiento del conflicto que nuestro país sostiene con el Reino Unido en el Atlántico Sur.

En idéntico sentido, nuestro estratega dedicó parte de sus esfuerzos intelectuales a desmitificar el uso efectivo de la fuerza –de la fuerza militar– como medio para la resolución de los conflictos, porque con preocupación advertía el avance a nivel mundial pero también en nuestro medio, de una peligrosa y extendida percepción que arrojaba dudas sobre la validez y, más aún, sobre la real efectividad de este recurso. En una conferencia en 1980, advertía:

El empleo de la fuerza militar, en un proceso que va desde 1945 a nuestros días, fue adquiriendo así un triple carácter negativo: se lo consideró “a priori” ilegítimo y aun esencialmente malo; se lo calificó como ineficaz como herramienta para la solución de conflictos o, más todavía, como lisa y llanamente inútil; y, por último, se lo miró como algo tan peligroso para la supervivencia del mundo que más valdría que no existiera [...].

En años recientes, los hindúes, los israelíes y los turcos, cada uno en su circunstancia, han verificado que la guerra es funcional. La Unión Soviética, en Hungría en 1956, en Checoslovaquia en 1968 y en Afganistán en 1980, comprobó que el uso del poder militar convencional daba resultados. Vietnam del Norte obtuvo una clara victoria [...]. Y hasta Francia, en el Oeste, no se dejó dominar por el mal recuerdo de Suez y no vaciló en utilizar sus fuerzas regulares en Shaba y el Tchad, con éxitos que no por su limitada envergadura son menos demostrativos (10).

(10)
José María Cohen, “Las opciones occidentales. El caso Sudatlántico”, en Boletín del Centro Naval, No. 724, Buenos Aires, julio/septiembre de 1980, pág. 311.

Como cierre de este bloque, concluiremos que el Capitán Cohen sostuvo un concepto tradicional de la estrategia. Podemos distinguir en su pensamiento influencias de la escuela estratégica anglosajona, tan presente en el pensamiento de los oficiales de nuestra Marina de Guerra desde sus albores, en su caso con un toque del moderno pensamiento estratégico francés, que tanta influencia ha tenido en nuestro país desde los años '60 hasta el presente.

Su valoración del poder

Una característica central en el pensamiento estratégico de José María Cohen ha sido su atinada valoración del poder como atributo fundamental del Estado.

Partiendo de una concepción del conflicto como resultado del enfrentamiento, colisión o incompatibilidad en diverso grado entre los objetivos políticos de los Estados, se preguntaba en sus escritos acerca de lo que necesitaba un Estado para superar un conflicto. Respondía a esta cuestión afirmando que “se necesita poder”, entendiendo a éste como la capacidad de imponer a otros la voluntad propia. Avanzaba un paso más adjudicando a los recursos –los bienes materiales e inmateriales que posee un Estado– la capacidad de conferir a éste ese poder, incluyendo dentro del concepto la noción de “potencial”, o sea la suma de los recursos no aplicados en un momento determinado, pero susceptibles eventualmente de serlo.

(11)
José María Cohen, “Tres Temas de Estrategia Naval”, en Boletín del Centro Naval, No. 692, Buenos Aires, julio/septiembre de 1972, pág. 289.

En este sentido y analizando definiciones elaboradas en distintos ámbitos académicos acerca del poder, admitía sentirse atraído por aquella expresada por John G. Stoessinger en su libro *The Might of the Nations*, según la cual *el poder, en el plano de las relaciones internacionales, es la capacidad de una nación para utilizar sus recursos tangibles e intangibles de modo tal de influir sobre la conducta de otras naciones* (11).

Avanzando un poco más sobre el concepto del poder, Cohen comentaba que la noción de éste resulta puramente instrumental y por ello indiferente al “para qué” se lo ejerce. De este modo, afirmaba que el poder no era ni bueno ni malo en sí mismo, pudiendo ser calificado ético o moralmente sólo cuando éste puede ser relacionado con los objetivos que se persiguen en pos del interés nacional.

Por otra parte, también afirmaba que *el poder, en virtud de su propia existencia y magnitud, termina no sólo legitimando los objetivos a los que sirve, sino también justificándose a sí mismo como un objetivo independiente* (12).

(12)
ibídem.

La lógica conclusión que Cohen extraía de todo es que las naciones verdaderamente poderosas, aunque esto irrite a lo que podríamos denominar “conciencia de la humanidad”, crean e imponen las reglas de juego, y todo país menor que con razón o sin ella reclame el derecho de establecer por sí mismo y de acuerdo sólo con sus propios intereses su “lugar bajo el sol”, si ello no encaja en el esquema global previsto, corre riesgo de ser calificado por esas grandes potencias en forma casi automática como “inoportuno e indeseable perturbador”.

De interés especial para la Argentina resulta el criterio de nuestro autor respecto de la clara relación biunívoca que implica la percepción del poder. Esto es, que depende tanto de la magnitud real del poder de quien pretende aplicarlo, como de la forma en que éste es evaluado por el posible destinatario de su acción.

A esta altura no podemos evitar citar una brillante idea suya acerca del vital concepto de la disuasión. Cohen creía que la forma más económica para ejercer el poder consistía en convencer al eventual adversario de que cuestionarlo o desconocerlo es inaceptable o, mejor que esto, que tal cosa constituye un acto moralmente malo que merece el repudio de la comunidad internacional o, mejor aún, de que ésa es una actitud inmadura, un poco pintoresca y casi ridícula. Para completar esta concepción afirmaba:

El poder necesita a veces revestirse de ciertas apariencias para resultar menos chocante. Vemos, en efecto, que las naciones grandes, algunas de las cuales poseen una concentración de poder jamás conocida hasta el presente, son particularmente cuidadosas en el lenguaje que emplean para con las naciones menores. Se habla así de “cooperación”, “intereses comunes”, “igualdad y respeto mutuos”, “participación constructiva”, etc. Y ante la desproporción, a veces enorme, de poder relativo en estos casos, tal vocabulario no puede ser considerado seriamente sino como poco convincente y deliberadamente equívoco. Es que el poder es algo de lo que no se habla: existe. Y tanto mejor si puede actuar por convencimiento o aceptación (13).

(13)
ibídem, pág. 290.

Antes mencionábamos el hecho de que Cohen creía que a la Guerra Fría, cualquiera fuera su resolución, no la sucedería un orden multipolar. Esta convicción acerca de un futuro orden unipolar encuentra paralelo en las previsiones de Jean Guitton, quien afirmaba:

Un imperio total es algo que se ve aparecer ahora como posible después de un conflicto atómico. El botín de una guerra futura no sería una dominación condicionada, ni una paz armada, ni la relación entre una nación victoriosa y otras naciones que subsistirían como naciones y como Estado. El botín sería el dominio del planeta. Desde ahora, la esperanza de fundar el imperio universal para siempre, la esperanza de ser el único “amo de la tierra”, de los mares y los espacios, es algo posible para el grupo que subsistiera después de tal destrucción y tuviera todavía en sus manos el arma absoluta (en adelante sin adversario alguno y, por lo tanto, verdaderamente absoluta) (14).

(14)
Jean Guitton, *El Pensamiento y la Guerra*, Instituto de Publicaciones Navales, Buenos Aires, 1972, pág. 130.

El desenlace de la Guerra Fría, como sabemos, no resultó de un intercambio nuclear, sino de la implosión de la Unión Soviética, pero los resultados prácticos no han sido demasiado diferentes y configuran un cuadro global de Poder muy similar al imaginado por Guitton y por Cohen en su momento.

Estrategia conjunta y estrategia naval

Tras la culminación del conflicto armado del Atlántico Sur, en junio de 1982, en los medios políticos y militares de nuestro país se abrió una discusión que, con altibajos, ha continuado hasta nuestros días, acerca de la necesidad y valor de la así llamada “conjuntez”, esto es la acción militar conjunta tanto en el planeamiento como en la ejecución de las operaciones militares.

Argumento habitual de muchos legos argentinos en temas de Defensa, tal como ha podido observarse en nuestros tiempos en la absurda reglamentación de la Ley 23.554 de Defensa Nacional, la cuestión de la “conjuntez” ha sido elevada a la categoría de paradigma, adjudicando a su falencia dentro del pensamiento militar argentino la mayoría de los males que han aquejado al sector y, principalmente, cargándole la responsabilidad por el fracaso argentino en la Guerra del Atlántico Sur.

La opinión de la mayoría de los analistas militares internacionales, sin embargo, resulta coincidente respecto de que este trajinado asunto de la “conjuntez” es una cuestión que no ha sido resuelta satisfactoriamente ni siquiera por las principales potencias militares mundiales. Seguramente, mejor que en nuestro medio, en esos países se ha logrado avanzar en algunas cuestiones relativamente periféricas, relacionadas principalmente con la logística y el equipamiento personal, pero en los temas cruciales, como las especificaciones respecto de los medios militares o las doctrinas de empleo de los mismos, es poco o casi nada lo que se ha obtenido en este campo.

Hemos traído a colación este tema porque ha sido una de las cuestiones abordadas por José María Cohen en el marco de lo que fuera, tal vez, su particular preocupación profesional, esto es lo relacionado con el Poder Naval.

Tan temprano como en julio de 1972, nos advertía acerca de una tendencia que observaba difundirse en el pensamiento militar nacional y que consistía en considerar a la Estrategia Naval, pero también a la Estrategia Aérea y a la Estrategia Terrestre como subproductos de la así denominada “Estrategia Militar Conjunta”. Es más, se alarmaba ante la posibilidad de que no se pudiera pensar en la Estrategia Naval sino a partir de esa Estrategia Militar Conjunta la que, según sus sostenedores, la precedería y le proporcionaría sus fundamentos doctrinarios ⁽¹⁵⁾.

(15)
José María Cohen, “Tres temas de Estrategia Naval”, en Boletín del Centro Naval, No.692, Buenos Aires, julio-septiembre de 1972, pág. 301.

Atribuía Cohen esta situación a lo que calificaba como una constante histórica argentina, la crónica subestimación del Poder Naval en relación con el Poder Aero terrestre, subestimación que observaba manifestarse como el mencionado desequilibrio en favor de “lo conjunto”.

Con el ánimo de dilucidar ese complejo panorama, estudió el fenómeno fijándose como meta demostrar que sólo encerraba una verdad parcial y como tal –y según sus propias palabras– *revestía un grado de peligrosidad intelectual mayor que si se tratara pura y simplemente de una falsedad* ⁽¹⁶⁾.

(16)
ibídem, pág. 302.

En ese estudio, tomó como punto de partida el nivel de la dirección militar suprema y, sobre ella, la concepción que el general Beaufre poseía sobre lo que denominaba Estrategia Militar General o simplemente Estrategia Militar. De allí extrajo Cohen dos ideas básicas:

- Por una parte, que si el Poder Militar debe ser concebido como un instrumento global de la voluntad política, se hace evidente y forzoso considerar a todos sus “medios”, cualesquiera sean sus misiones, sus estructuras orgánicas, sus armas y sus modalidades, como elementos que poseen esencialmente la misma naturaleza.
- Pero también que, no obstante su naturaleza común como piezas de un mismo tablero, lo específico inherente a cada “medio militar”, en cuanto es una pieza “diferente” que se mueve de modo “diferente”, es precisamente lo que hace necesaria la elaboración de una concepción integral que permita emplearlos en conjunción cuando sea

preciso, siempre en forma coordinada y económica, en armoniosa convergencia hacia el mismo objetivo final.

Resumía estas dos ideas básicas –“rasgos condicionantes” les llamaba- atinentes a los medios militares, como unidad de esencia por un lado, y diversidad y complementación de formas y modos de operar por otro. Sobre la evidencia del concepto anterior, estimaba que en él radicaba la esencia de la Estrategia Militar como *única y conjunta*.

Concluía esta idea diciendo que *lo conjunto* representaba algo así como un principio de unidad que organiza y anima la diversidad de los modos militares y que, lejos de atenuarlas o negarlas, saca provecho de sus diferencias.

Profundizando la cuestión de los “medios militares diferentes”, buscó lo que cada uno de ellos poseía de específico para tratar de definir lo que los hacía distintos. Para ello identificó que, en los orígenes, la división clásica de las fuerzas fue bipolar, terrestres y navales, organizadas separadamente. A lo largo de los siglos cada una de estas entidades desarrolló una estrategia propia que, a diferencia de los medios y las tácticas, ambos muy influenciados por el progreso científico y técnico, aquéllas se manifestaron mucho más estables en el tiempo.

Observó Cohen que las diferencias que en el plano estratégico separaban entre sí a las concepciones navales y terrestres a veces resultaban de tal magnitud que nada parecía capaz de atenuarlas. Estas diferencias de concepción estratégica residían en nociones tales como “ocupación de zonas”, “frentes”, “obstáculos naturales”, etc., que forman parte de la geometría y la cinemática de la maniobra estratégica terrestre y que, a la vez, prácticamente carecen en absoluto de significado en la estrategia naval, ya que el mar aparece en la mayoría de los teatros como un espacio uniforme y vacío.

Para Cohen lo anterior generaba modalidades totalmente diferentes y es así que el contacto entre los adversarios enfrentados, que en la tierra resulta en mayor o menor grado permanente, no es más que una circunstancia fortuita en el mar, que distingue prolongados períodos en que las fuerzas opuestas ejercen mutuamente sólo una amenaza potencial en un marco en el cual la estructura de medios de las fuerzas y su distribución en el tiempo y el espacio son ignoradas o sólo parcialmente conocidas. Decía Cohen que la *“concentración y la dispersión, el despliegue y la sorpresa estratégica resultan nociones evidentemente de muy distinto sentido en tierra y en el mar”*⁽¹⁷⁾.

(17)
ibidem, pág. 304.

Reforzaba esta distinción agregando que en el encuadramiento de responsabilidades de la estrategia terrestre se privilegian criterios de tipo geográfico mientras que en la estrategia naval se asignan criterios de responsabilidad más vinculados a la naturaleza de los objetivos.

Finalmente, hacía referencia a las interacciones que se producen entre el mar y la tierra, consignando que éstas no tenían una relación de simetría. Esto es que, sin ignorar la influencia de las acciones desarrolladas en tierra sobre el escenario marítimo, resultaba claro para él que las acciones navales tienen una notoria influencia estratégica sobre la tierra, *ya que por naturaleza están destinadas precisamente a lograr ese efecto.*⁽¹⁸⁾ Nuestro autor resaltaba que esa disimetría se hace más patente cuando se analiza la problemática anfibia, esto es la capacidad de proyectar fuerzas terrestres desde el mar, lo que configura una posibilidad obviamente unilateral.

(18)
ibidem, pág. 305.

En base a estos criterios, deducía que, a la luz de la experiencia, la diferenciación de los medios militares aconsejaba que su organización se realizara según la naturaleza de sus misiones. Así, cada Fuerza poseería todos los medios necesarios para el cumplimiento de las misiones estratégicas propias, éstos estarían entrenados para operar juntos, las estructuras de mando resultarían más sencillas y el todo más eficaz. En ese contexto, la ambigua figura del “apoyo”, tan típica de “lo conjunto” y plagada de escollos prácticos, quedaría reservada para circunstancias extremas en las que no se dispusiera de mejor solución.

(19)
ibidem, pág. 307.

(20)
ibidem, pág. 308.

El esquema propuesto por Cohen se resumía en que *“una concepción estratégica conjunta no era otra cosa que la integración armónica de una concepción estratégica terrestre, de una naval y otra aérea o de las combinaciones binarias entre las mismas que la situación imponga* (19). En resumen, para Cohen una Estrategia Militar Conjunta sólo era posible a partir de una Estrategia Terrestre, una Estrategia Naval y una Estrategia Aérea, que la preceden lógicamente y convergen con los fundamentos doctrinarios específicos de cada una a la gestación de una Doctrina Conjunta (20).

Una visión de avanzada

Como antes advertíamos, la capacidad de anticipación de José M. Cohen ha sido confirmada por la posterior ocurrencia de una serie de hechos trascendentes en el nivel estratégico global. Tuvo también notables aciertos en temas que hacen más de cerca al interés de la Argentina, como es el caso de las lecciones extraídas del conflicto del Atlántico Sur.

En un artículo de septiembre de 1982, poco después de finalizadas las acciones en Malvinas, nuestro autor realizó una reseña de las experiencias extraídas por la OTAN del desarrollo de esas acciones. Siempre presente su consideración especial por el Poder Naval, juzgaba a la OTAN como una alianza atlántica en lugar de lo que denominaba un “mero pacto continental”, debido a que evaluaba que la realidad militar planteada por el balance de fuerzas terrestres convencionales en Europa no tenía solución para los aliados sino a través del refuerzo masivo desde los EE.UU., lo que exigía el total dominio del Atlántico Norte. En esa línea, Cohen analizó prolijamente las debilidades exhibidas por los británicos en la campaña.

En momentos en que a través de los medios masivos la propaganda exaltaba hasta la incredulidad el desempeño del equipamiento y del personal británicos, la excelencia de las doctrinas aplicadas, y se descalificaba sin reservas a todo lo argentino, Cohen supo liberarse de esas presiones intelectuales y pudo detectar los puntos débiles exhibidos por el adversario.

Puntualizó la exigua capacidad de los portaaviones ligeros británicos para suministrar cobertura aérea al contingente que debían defender, tomando así posición en un largo debate previo, sostenido a fines de los '70 en el seno de la OTAN, acerca de la conveniencia técnico-económica de este tipo de naves frente a los grandes y costosos portaaviones de batalla. Esa discusión ha sido zanjada ya hace varios años y el Reino Unido, superada la estrechez económica que diera lugar a los Harrier Carriers, se apresta a incorporar a sus fuerzas nuevos portaaviones convencionales (serán los navíos de guerra más grandes de toda la historia naval británica) (21).

(21)
 La Strategic Defence Review británica de 1998 confirmó la necesidad de reemplazar a los portaaviones de la clase *Invincible* por dos portaaviones convencionales, *Queen Elizabeth* y *Prince of Wales*, de 65.000 toneladas, que entrarán en servicio en 2014 y 2016.

Debemos advertir que esas conclusiones acerca de la mayor conveniencia de los portaaviones de batalla, que superan las 60.000 toneladas de desplazamiento, aplican a aquellas naciones que contemplan enfrentar en y desde el mar a las más poderosas fuerzas aéreas del mundo y la participación de su aviación embarcada en campañas aéreas de gran magnitud sobre territorio enemigo. Por lo tanto, esas conclusiones no implican que los portaaviones de menos de 40.000 toneladas –y los hay de hasta 15.000 que son eficaces– hayan dejado de ser necesarios para el conjunto de las marinas, y son muchas las que cuentan con ellos, las que los están construyendo y las que planean hacerlo.

Esto es posible debido a que los avances tecnológicos de las últimas décadas, en los campos de la ingeniería aeronáutica, las armas inteligentes, y los sistemas de comando, control, comunicaciones, informática, inteligencia, vigilancia, reconocimiento, y adquisición y designación de blancos, hacen que grupos aéreos embarcados pequeños posean hoy capacidades de combate que hasta no hace mucho sólo eran privilegio de los grupos numerosos de los grandes portaaviones. Por ejemplo, una sola sección de dos aviones puede ahora destruir objetivos que hace apenas una década hubieran requerido de toda una escuadrilla.

Evaluando los daños recibidos por las unidades británicas durante la campaña y sus rotundos fracasos en la lucha antisubmarina, que era la responsabilidad principal de la Royal Navy en el marco de la OTAN, se preguntaba: *¿Qué cabría esperar si el enemigo hubiera sido realmente la Unión Soviética, tal como estaba previsto?* (22).

Una notable confirmación a estos avances realizados por nuestro autor llegó a nuestro conocimiento muchos años después y provino de fuentes confiables de los EE.UU. En el editorial de julio de 1994 de la revista *Armed Forces Journal*, que se edita desde 1863, titulado “La resentida capacidad militar del Reino Unido. Como afecta el planeamiento estratégico de los EE.UU.”, su autor, John G. Roos, afirmaba:

La primera grieta real en la armadura del Reino Unido apareció durante la Guerra de las Malvinas. La asistencia militar de los EE.UU. durante esa campaña jugó mucho más que un rol incidental en ayudar al Reino Unido a llevar la lucha a una rápida conclusión. Pero aún con doce años para implementar las lecciones aprendidas durante ese conflicto, es dudoso que el Reino Unido pudiera imponerse mañana en un conflicto tipo Malvinas sin un nivel de apoyo al menos comparable a aquel que los EE.UU. proveyeron en 1982 (23).

El párrafo anterior corroboró, doce años después, lo que Cohen advirtió a sólo tres meses de terminada la guerra, en medio de un ambiente en que el derrotismo sin sentido y las Comisiones Investigadoras apoyadas en doctrinas de la Primera Guerra Mundial condenaron por igual a valientes y cobardes, a capaces y a ineptos, a visionarios y retrógrados.

Para completar, decíamos antes que nuestra estrategia también tuvo anticipaciones respecto del posible resultado de la Guerra Fría. Por una parte, nunca creyó Cohen en esa suerte de determinismo histórico que la izquierda de los años '60 y '70, mediante su incansable propaganda, elevaba a la categoría de dogma de fe. Así escribía en julio de 1980:

y otro problema lo crea la abundancia y hasta quizás el exceso de información que recibe el hombre actual, quien muchas veces carece de la suficiente formación como para juzgarla críticamente y ordenarla según su naturaleza e importancia en un cuadro global. De ahí que la necesidad de entender la realidad compleja suele llevar a ese hombre a sustituirla por esquemas y simplificaciones –a veces atractivos– que adquieren validez de dogmas. Y así se afirma que “el mundo va a la izquierda”, o que “el progreso de la humanidad es irreversible”, o bien que cualquier cosa es tolerable antes que “alterar la paz mundial” (24).

Las únicas dudas que expresaba Cohen en 1980, aun admitiendo la posibilidad y la cercanía de un cambio político en las entonces próximas elecciones en los EE.UU., eran respecto de la determinación política de la conducción de ese país, que atravesaba por las vacilaciones de la administración Carter. Así, resumiendo la problemática estratégica de ese momento en una única cuestión: *la subsistencia del hombre en libertad*, afirmaba que el Oeste, heredero de Occidente, debía admitir que poseía en mucha mayor medida que los otros los medios para intentar soluciones, y por ello la responsabilidad de intentarlas, sin espíritu mesiánico y soberbia, pero también sin rehuir las consecuencias necesarias de su poder (25).

Agregaba que el Oeste, para imponerse en esa contienda, debía además perder algunas ilusiones. Una de éstas era que la imagen límite de un Oeste rico y atrincherado en el hemisferio Norte, aislado del Sur superpoblado, agitado y empobrecido, sería una ilusión.

La otra era que el Oeste debía reconocer con claridad a su enemigo, que no era un estado sino una ideología, que ese enemigo muchas veces había logrado penetrar sus defensas sin utilizar las armas, pero que las utilizaba sin vacilación cuando hacían falta y que, por lo tanto, era una ilusión creer que se podía conservar la libertad sin luchar por ella.

También creía que el triunfo final correspondería a las “potencias marítimas”. Como paladín

(22)

José María Cohen, “Nueva estrategia de la NATO según las experiencias del Atlántico Sur”, en *Revista de Temas Militares*, Año 1, No.3, Buenos Aires, septiembre de 1982, pág. 75.

(23)

John G. Roos, “UK’s Strained Military Capability. Affecting US Strategic Planning”, en *Armed Forces Journal International*, Washington, July 1994, pág. 2.

(24)

José María Cohen, “Las opciones occidentales. El caso Sudatlántico”, en *Boletín del Centro Naval*, N° 724, Buenos Aires, julio/septiembre de 1980, pág. 327.

(25)

ibidem.

del Poder Naval, estaba convencido que la Guerra Fría sería la ocasión última y suprema en la que quienes habían sostenido históricamente ese tipo de poder –las potencias anglosajonas– demostrarían la superioridad de su concepción estratégica, tal como antes ocurriera frente a la España de Felipe II, la Francia de Napoleón y las potencias centrales en las dos Guerras Mundiales. Para nuestro estratega, éste sería el golpe final a las teorías geopolíticas que privilegiaban la posesión de la “tierra central”, el “heartland” de Mackinder. El inicio de la Administración Reagan y la revitalización estratégica de la Armada de los EE.UU., que hallaron su culminación en la denominada “Estrategia Marítima” de 1986, fueron la respuesta que Cohen oportunamente avizoró.

El resultado final fue la “Marina de los 600 Buques” y la supremacía naval de los EE.UU. en todos los mares, de la que la rápida movilización y transporte del contingente de “Tormenta en el Desierto” a la zona del Golfo, junto con la contribución de la aviación embarcada al esfuerzo aéreo contra Iraq y la utilización de la infantería de marina embarcada amenazando un desembarco en Kuwait, que distrajo atención, y fuerzas del ataque principal por el sur-oeste, serían, años después, la mejor expresión de ese renovado poder naval norteamericano.

Libia, Panamá, Grenada, los Euromisiles, Afganistán y, finalmente, la Iniciativa de Defensa Estratégica (La Guerra de las Galaxias) confirmaron luego que la marea de la historia, como nuestro estratega imaginara, había cambiado una vez más.

Su contribución a la Estrategia Nacional

Aún considerando la amplitud de su pensamiento sobre la estrategia en general, por vocación personal y por dedicación, José María Cohen fue un estratega naval. Es en el campo del Poder Naval en el que pueden encontrarse sus mejores contribuciones al pensamiento estratégico nacional. Así como en numerosas oportunidades él mismo se encargó de destacar el valioso aporte que en los inicios del siglo XX realizara a la causa naval argentina esa notable personalidad que fuera el Almirante Segundo Storni, es justo reconocer que en el período comprendido entre 1970 y 1990 fue Cohen quien se convirtió en el principal inspirador y sostenedor estratégico del Poder Naval argentino.

Él fue el defensor de lo que denominaba “el balance entre los componentes orgánicos de una fuerza naval”. Siempre poniendo en primer lugar a la estrategia, en un marco integrado por las fuerzas, las posiciones y la estrategia, nuestro estratega afirmaba:

La estrategia es el más barato de los componentes del Poder Naval: exige solamente materia gris, papel y lápiz, y por eso a veces no se la suele valorar suficientemente, y así también es el factor –por supuesto sin hacer milagros– capaz de superar la inferioridad, cuando se cuenta con fuerzas insuficientes y/o posiciones inadecuadas⁽²⁶⁾.

Decía Cohen que esta cuestión del balance del Poder Naval no inquietaba a los países poderosos que, teniendo mucho, lo resolvían por mucho, ni tampoco a los países pobres que muchas veces lo resolvían igualmente bien por la línea de poco. Éste era, no obstante, un problema grave para aquellos países que tenían tendencia a asignar muchas misiones a su marina pero que sólo podían dotarse de pocos medios, como era el caso argentino.

La solución para el problema residía en disminuir el número de misiones que se atribuían a la Marina y no pensar en cualquier tipo de guerra: un país “chico” debe prepararse para las hipótesis más probables y más peligrosas, y esas hipótesis deben ser perfectamente delimitadas y exhaustivamente resueltas⁽²⁷⁾. El problema es hoy sobre qué hipótesis de conflicto prepararnos. Una alternativa válida para nuestras fuerzas navales podría ser planificar sobre la base de un modelo de enemigo, sin hacer referencia a ningún actor estratégico en particular, que será definido sólo por la calidad y magnitud

(26)
José M. Cohen, “Necesidad del Poder Naval. Estrategia Naval y medios”, en Revista de la Escuela de Guerra Naval, No.10, Buenos Aires, febrero de 1979, pág. 137.

(27)
ibidem, pág. 138.

de las amenazas militares tipo que podría materializar sobre nuestras fuerzas en el mar, aun antes de tener que enfrentar el conjunto del poder militar argentino en el litoral propio, y aplicarla a distintos escenarios dentro del marco legal nacional y de las funciones típicas de las armadas.

Por otra parte, surgen, en principio y lejos de ser taxativas, la necesidad de proteger los recursos del Mar Argentino, inmersos en un escenario de agotamiento global; y a la vez, la necesidad de poseer capacidad de participación en “Operaciones expedicionarias”, que es la forma de misión de paz para la que se están preparando la mayoría de los países en el marco de organismos como la ONU y la OTAN.

Nuestro estrategia también hablaba de las posiciones, a las que calificaba como los puntos de apoyo de la fuerza en tanto *servían como brazo de palanca para aplicarla*. No se hacía falsas ilusiones en cuanto a que las posiciones denominadas “estratégicas” dominaban o controlaban tal o cual área. En su opinión, esos efectos sólo eran logrados por las fuerzas móviles que se apoyaban en esas posiciones.

Para Cohen, el valor de la posición estaba dado por la ubicación geográfica, tomada en relación a los objetivos estratégicos vitales que debían ser dañados o defendidos por las fuerzas basadas en esa posición. También contribuía al valor de la posición el apoyo que ésta proporcionaba a las fuerzas que albergaba desde el punto de vista de los abastecimientos, capacidad de reparaciones y todos los medios y servicios que una flota necesita para estar en condiciones de operar. La última condición era que la posición, a su vez, pudiera ser abastecida con facilidad y seguridad de todo lo que ella y los buques necesitaban y que, además, pudiera defenderse de las fuerzas del adversario ⁽²⁸⁾.

(28)
ibidem, pág. 139.

Estas apreciaciones adquieren hoy, a casi treinta años de haberse formulado, una vigencia y un valor extraordinarios pues, tras largos años de confusión en las ideas y abandono político, la Armada hoy no cuenta con ninguna base digna de tal nombre a lo largo del extenso litoral que se extiende entre Puerto Belgrano y Ushuaia, distantes entre sí más de dos mil kilómetros. Esta limitación mostró su rostro más crudo durante el serio incidente que sufrió el *Almirante Irizar* a inicios de 2007 y que estuvo a punto de causar su pérdida total.

En el centro de su concepción, Cohen consideraba el balance interno de las fuerzas, que en su opinión debía medirse en tres aspectos: el componente a flote –la flota–, la aviación naval y las fuerzas anfibas. Al respecto opinaba que, por ejemplo, de nada valía tener una Infantería de Marina de alto perfil si no se contaba con suficientes buques para transportarla, protegerla y desembarcarla. La Infantería de Marina de “alto perfil” a la que se refería Cohen, como la que participó en la Guerra del Atlántico Sur, hoy no existe. No obstante, la fuerza reducida existente aún requiere, para poder ser efectivamente empleada en su principal e importante función específica, de buques anfibios con los que al presente no se cuenta.

No se podía, en su opinión, tomar como modelo una fuerza de primera magnitud y reducirla en escala, manteniendo las proporciones, y creer que esa fuerza pequeña sería, como su modelo, apta para enfrentar cualquier amenaza proporcionada. Así no se tendrían fuerzas balanceadas sino deformadas y, por lo tanto, ineptas ⁽²⁹⁾.

(29)
ibidem, pág. 140.

Resumía su posición afirmando, como hiciera Storni en 1916, que las posiciones argentinas no eran muy ventajosas y que nuestra estrategia podía llegar a ser excelente pero no obraría maravillas, por lo que necesitábamos fuerzas en cantidad suficiente.

En cuanto a las fuerzas y las capacidades que la Argentina necesitaba, para Cohen éstas eran cuatro: capacidad de ataque aéreo embarcado, capacidad anfibia, capacidad de ataque submarino y capacidad de sostén logístico móvil. Daba por descontadas las capacidades de autodefensa, esto es las capacidades antiaérea, antisubmarina y antisuperficie de la flota. Sostenía que, debido a la extensión de nuestros posibles teatros de operaciones y

a la relativa pobreza de posiciones adecuadas, necesitaríamos operar lejos de nuestras bases. Todas estas capacidades estuvieron reunidas en el Poder Naval argentino desde fines de la década de 1950. En los últimos años, las dos primeras mencionadas se han perdido, y las restantes se hallan seriamente limitadas. La manera más económica y efectiva de iniciar la recuperación del conjunto de esas capacidades sería –además de modernizar las principales unidades actualmente en servicio– incorporar un portaaviones de unas 20.000 toneladas de desplazamiento estándar.

Es de esperar que las futuras conducciones políticas nacionales reparen sin demora estas falencias, que ponen en riesgo la capacidad nacional futura de autodeterminación y de preservación de la soberanía. Si finalmente y como esperamos esto se produce, las inspiradas prescripciones del Capitán Cohen servirán de guía a las acciones que así se emprendan. ■

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Cohen, José María, "Análisis crítico de la noción de doctrina, sus limitaciones y campo de validez", en Revista de la Escuela de Guerra Naval, N° 2, Bs. As., 1970, págs. 7-20.
- —, "Tres Temas de Estrategia Naval", en Boletín del Centro Naval, N° 692, Buenos Aires, jul-sept., 1972, págs. 287-309. (Premio Alte. Brown)
- —, "Necesidad del Poder Naval. Estrategia naval y medios", en Revista de la Escuela de Guerra Naval, N° 10, Buenos Aires, 1979, págs. 121-144.
- —, "Las Opciones Occidentales. El caso Sudatlántico", en Boletín del Centro Naval, N° 724, Buenos Aires, julio/septiembre 1980, págs. 305-327. (Premio Alte. Brown)
- —, "Nueva estrategia de la NATO según las experiencias del Atlántico Sur", en Revista de temas militares, Año 1, N° 3, Buenos Aires, septiembre de 1982, págs. 63-77.
- —, "Estrategia. Modelos Navales", en Revista de la Escuela de Guerra Naval, N° 27, Buenos Aires, 1987, págs. 6-17.
- —, Estrategia, Planeamiento y Táctica, (Comunicación Académica en la Academia de Estrategia), Buenos Aires, mayo 2 de 1988.
- Cohen, José María, y otros, "Estrategia vs Planeamiento", en Revista de la Escuela de Guerra Naval, N° 32, Bs. As., 1989, págs. 102-109.
- Gray, Colin S., "Maritime Strategy", en U.S. Naval Institute Proceedings, Annapolis, febrero de 1986, págs. 34-42.
- Guitton, Jean, El pensamiento y la guerra, Instituto de Publicaciones Navales, Buenos Aires, 1972 (Traducción del original francés del Capitán José M. Cohen).
- O'Donnell, Hugh K., "Northern Flank Maritime Offensive", en U.S. Naval Institute Proceedings, Annapolis, septiembre de 1985, págs. 42-57.
- Roos, John G., "UK's Strained Military Capability. Affecting US' Strategic Planning", en Armed Forces Journal International, Washington, July 1994, pág. 2.
- Storni, Segundo R., Intereses argentinos en el mar, 2da. edición, Buenos Aires, 1952.
- Trost, Carlisle A. H., "Looking Beyond the Maritime Strategy", en U.S. Naval Institute Proceedings, Annapolis, enero de 1987, págs. 13-16.

MAN Ferrostaal Argentina S.A.



80 m Offshore Patrol Vessel (OPV)



MAN Ferrostaal lleva más de 40 años en el país ofreciendo sus servicios para Inversiones Industriales, de Infraestructura y de Defensa, como Contratista General o en consorcio con empresas nacionales e internacionales en proyectos de gran escala, especialmente en las áreas de siderurgia, química, petroquímica, industria naval, transporte y metalmecánica.

Lima 355 8° – C1073AAG BUENOS AIRES - ARGENTINA
 Tel ..54-11-5031 5300 – Fax ..54-11-5031 5301
 Mail fsa@ferrostaal.com www.manferrostaal.com